

ca voz de calandria, para mostrar contento y levantar el ánimo de su esposo, sin que éste sospechase su intención.

VI

Un desquite y un adiós

Don Teodomiro tenía buenos amigos en Méjico, á donde había ido con frecuencia, unas veces por mero placer, y llamado otras para tomar parte en grandes solemnidades musicales. Desde la representación de la "Ildegonda" y el "Gino Corsini" del maestro Morales, había recibido el arte mejicano un gran impulso; y sus más ardientes cultivadores se habían reunido en asociación permanente para fomentarlo, desarrollarlo y hacerlo florecer. El joven autor de aquellas obras aplaudidísimas acababa de volver de un dilatado viaje por Italia; venía lleno de conocimientos, de inspiración y de fe, y ardiendo en deseos de impartir todo eso á las nuevas generaciones. De aquel movimiento espontáneo y entusiasta, nació la creación del Conservatorio Nacional de Música, que no tardó en tener casa propia, pues le fué cedido por Juárez el edificio de la antigua Universidad. Una

vez adquirido el local, fué preciso adaptarlo á su objeto. De ello se encargó el ingeniero don Antonio García Cubas, honra de la ciencia y de las letras mejicanas, y uno de los más celosos dilettanti de la música, quien improvisó en el vetusto edificio, un hermoso teatro con excelentes condiciones acústicas. Así comenzaron bien pronto las audiciones vocales é instrumentales del nuevo plantel á despertar el estímulo público.

Al organizarse los servicios del Conservatorio, fundáronse clases de composición y armonía, no conocidas antes en nuestro país, y de las que fué introductor el mismo Morales. Los innovadores, resueltos á aprovechar en favor de su idea todos los buenos elementos de la República, entraron en correspondencia desde luego con los más notables músicos del país, y entre otros, con el Sr. Gómez y Pérez, á cuyo mérito hacían la debida justicia; y solicitaron de él con instancia, cooperación inmediata para el desempeño de alguna de las asignaturas del programa de estudios. ¡Quién más digno y apto que él para aquella labor fecundísima! Su brillante y honrosa carrera, su dilatada experiencia en el magisterio y su pasión nunca desmentida por el arte, le hacían acreedor de toda justicia á aquella tan honrosa distinción. "Venga usted, le decía Morales en una hermosa carta autógrafa que

todavía se conserva, á formar cuerpo con nosotros, ahora que vamos á emprender una gran cruzada en favor del arte; venga á ayudarnos á poner los fundamentos de esta obra colosal, destinada á producir frutos preciosos para Méjico en día no lejano. ·Aguardamos y necesitamos su concurso; así rematará usted una existencia llena de mérito, con un gran epílogo de servicios eminentes. Por acá se abre ya un buen porvenir á los artistas. Aunque el sueldo que le ofrecemos por ahora, no sea considerable, pues apenas comenzamos nuestras labores, le garantizamos que no pasará penurias y aflicciones entre nosotros, pues nos obligamos á proporcionarle entre nuestros conocimientos, lecciones particulares, las cuales, unidas á los trabajos extraordinarios que se le presenten, le bastarán para ganarse más de lo necesario para vivir holgadamente y con decoro.”

Don Teodomiro comenzó por rechazar porfiadamente toda idea de cambio de domicilio, pues quería á Fópoli entrañablemente, amaba con ardor á sus discípulos y deseaba continuar atizando el santo fuego del arte en aquella oscura capital de provincia, cuyo porvenir tenía por cierto habría de ser muy grande algún día; pero en vista del triste giro que iban tomando los sucesos en su ciudad natal, había ido flaqueando poco á poco en sus resoluciones, y

á últimas fechas, había acabado por entrar en pláticas reservadas con sus favorecedores acerca de las condiciones bajo las cuales podría aceptar sus ofertas.

Así las cosas, una mañana, como ocho días después del concierto, fué temprano á la Casa de Correos en busca de su correspondencia, y halló una carta para él con sello de México. Era del Director del Conservatorio, quien le contestaba aceptando lisa y llanamente sus proposiciones, y le remitía por adelantado ochenta pesos en una letra, para los gastos del viaje. “Está usted haciéndonos mucha falta, le decía, pues no hallamos persona capaz de desempeñar á nuestra satisfacción la clase que le tenemos reservada; así que le rogamos se ponga en marcha tan pronto como reciba la presente. Tenémosle preparado ya un buen alojamiento, é iremos varios profesores y yo á recibirlo á la casa de Diligencias para instalarle en su nueva habitación. Necesitamos hablar de cosas muy importantes, relacionadas con nuestros propósitos.” Impresionado con aquella lectura, entró de golpe en un nuevo torbellino de dudas y vacilaciones suscitadas por el giro rápido que habían tomado los acontecimientos. Su profundo apego á las cosas y personas de aquel lugar; los recuerdos de su juventud y de su larga vida transcurrida bajo tan hermoso y es-

pléndido cielo; sus anhelos de grandeza y gloria para Fópoli, alentados durante cerca de medio siglo; todo aquel mundo de ideas, imágenes, afectos y esperanzas agolpado á su corazón y á su cerebro en un solo momento, sumiéronle en profunda confusión y le infundieron un desaliento horrible. No en balde se han vivido cerca de setenta años en un lugar, por secundario que sea, amándolo y admirándolo sin reserva; no en balde se han acostumbrado los ojos á ver unos mismos horizontes, unos mismos celajes, unos mismos objetos y unos mismos rostros durante una larga existencia; y no en balde se ha participado del espíritu y de los sentimientos de una colectividad desde que se abrieron los ojos á la luz hasta una edad avanzada. El día en que el viejo habituado á ese género de vida, quiere desprenderse del cuadro donde se halla metido é incrustrado, siente como si se le desgarrasen las entrañas, como si se nublara la luz del sol, como si se le acabara la vida; y al separarse de allí, deja en el amado y nunca olvidado sitio, pedazos del rebelde corazón, como dejan las otras parte de su envoltura adhérea, al ser arrancadas de las rocas á que han estado adheridas.

Pero la reflexión se abrió paso bien pronto en aquella alma enérgica y viril. Debía obrar con la cabeza y no con el

corazón. Cuanto había estado en su poder, lo había hecho ya en favor de Fópoli. Su mayor esfuerzo se había realizado ya, y no había para qué insistir en aquella labor inútil. Todo cuanto había sabido enseñar, lo había enseñado; todo cuanto había podido transmitir, lo había transmitido. Ahí estaban sus discípulos para testificarlo, y, sobre todo, aquellos dos predilectos de su alma, Joaquín y Berta, los más empeñosos, inspirados y buenos de cuantos habían caído bajo su dirección paternal y entusiasta. En ellos había fundado sus esperanzas; había tenido fe ciega en su porvenir, y había aguardado lleno de confianza su aparición en la escena del mundo, como se aguarda la salida de dos astros esplendorosos. Desgraciadamente, sus ilusiones habían fracasado, pues aquella ingrata sociedad no había sabido apreciarlos, y con glacial indiferencia los había dejado hundirse en la miseria y la desesperación. Nada le quedaba por hacer en aquella capital, poco dispuesta todavía á servir de cuna y almacigo de grandes y nobles artistas. Continuar vegetando en aquel pozo oscuro, y envuelto en aquella atmósfera fría y silenciosa, sería un suicidio cruel y lento. Preciso era, por lo mismo, trasladarse á otro lugar, donde hubiese horizontes extensos y claridades matutinas. ¡A Méjico, pues! Era su destino. Abriase allá amplio cam-

po donde podría cosechar mies abundante. Pocos años le quedaban de vida y debía aprovecharlos en favor de la música, que era, había sido y seguiría siendo hasta la muerte de la señora de sus pensamientos. Mucho le dolía dar un paso tan cruel y decisivo; pero le consolaba pensar que no lo hacía arrastrado por la codicia ni por la ingratitude, sino obligado tan sólo por su devoción infinita á tan grande y noble causa.

Tomó, pues, su partido, y, sin consultar con nadie, por temor de flaquear, y á fin de quemar luego sus naves, como Cortés, se dirigió sin más preámbulo á la casa bancaria donde debía serle pagado el miserable giro que acababa de recibir, y después de haberlo cobrado, se trasladó derechamente á la de diligencias, donde tomó pasaje para Méjico. En seguida salió del despacho llevando en el bolsillo algún dinero sobrante y el billete comprado, para enderezar los pasos hacia la casa de Sandoval y ponerlo todo en conocimiento de sus jóvenes amigos.

Iba preocupado por el camino, pensando en su próxima marcha y en la vida nueva que le aguardaba, cuando tropezó con una bandada de chiquillos, harapientos y descalzos, que corrían por las calles llevando gruesos rollos de papel debajo del brazo, y gritando á voz en cuello:

—“¡El Azote!” “¡El Azote!”

Sus voces le hicieron reflexionar que tenía algo más que arreglar antes de marcharse de Fópoli, y el recuerdo de Becerril se le montó al cerebro con punzantísima cólera.

—Hoy es cabo de semana, se dijo, y como no ha tenido ocasión anterior ese bellaco para hacer comentarios sobre nuestro concierto, porque su periódico sale cada ocho días únicamente, es seguro que hoy los hará en su inmundo papelucho.

Para desengañarse, llamó á uno de los pilluelos, y le compró un número del “Azote.”

—Es el dinero más mal gastado de mi vida, refunfuñó al desprenderse de su dinero.

Echó un rápido vistazo á las páginas del semanario, y bien pronto, en la segunda de ellas, tropezó con lo que buscaba. Era otro “entrefilet,” que decía:

“EL CONCIERTO DE LA SEMANA PASADA.—La “cosa” salió peor de lo que nos figurábamos. El teatro Alarcón estuvo desierto, pues no hubo almas candidas que cayesen en la ratonera. Uno ú otro melómano de esos de “peor es nada,” se sentaron en las primeras lunetas; pero tan silenciosos y acortados, que no se atrevían ni aun siquiera á verse los unos á los otros. Las familias principales de Fópoli brillaron por su ausencia. Los escasísimos palcos y lunetas ocupados, se per-

dian entre un multitud de nichos silenciosos y desiertos, parecidos á gavetas de camposanto. Sólo en las galerías altas hubo alguna concurrencia; pero, según estamos informados, fué formada en su mayor parte por hospicianos que asistieron de balde al espectáculo. Con esto se ganaron los artistas "una ovación espontánea." La cacareada música de "Doña Marina" del "maestro mejicano" Sandoval, no vale tres cominos; pero es muy presuntuosa, y tiene pujos ridículos de "berliozismo" y "wagnerismo." En opinión de los inteligentes, no es más que un zurcido de trozos plagiados de estos dos maestros. La prima donna canta menos que medianamente, y carece absolutamente de escuela. Para muestra de su perfecta inconsciencia, debemos decir que en la escena en que personificó á la Malinche, sacó á relucir su hermosa cabellera rubia. ¡Ignora, según parece, hasta que las indias la tienen negra!... En resumen: el espectáculo fué ridículo y fastidioso. El verdadero responsable del "fiasco," es el loco don Teodomiro Gómez y Pérez, maestro de ese grupo de "inspirados," porque es él quien les ha metido en la mollera que Fópoli es Florencia y ellos unos genios desconocidos.... Dícese que en la taquilla no se reunieron más que "veinte reales."

—¿Con que sí, eh? se preguntó á sí

mismo don Teodomiro, tragando gordo y rojo como la púrpura, después de haberse impuesto del insolente párrafo. Pues ahora vamos á verlo.

Cogió el periódico, y doblándolo cuidadosamente con aparente calma, como si fuese cosa preciosa, lo guardó en la faltriquera donde conservaba el de la semana anterior.

—La redacción, pensó, está en la calle de San Agustín, no lejos de aquí. Es posible que en ella se halle Becerril en estos momentos, por ser la hora en que da á la venta su periódico.

Monologando de este modo, tomó el camino de San Agustín, y pronto llegó á donde iba. El local destinado á la redacción del "Azote" se reducía á una pieza con puerta á la calle, sin más ajuar que una mesa de madera blanca en la testera y unas cuantas sillas desvencijadas, arriadas á las cuatro paredes. Pendientes de ganchos y clavos, mirábanse colecciones de periódicos por los muros, y sobre las sillas y mesas, montones del último número del "Azote," húmedos aún y olorosos á tinta de imprenta. Don Valente estaba ahí, en efecto, y se ocupaba á la sazón, en vender su semanario á los papeleros; pues como el ejercicio del periodismo dejaba escasos rendimientos en Fópoli, se veía obligado á hacerlo todo por sí mismo: escribir, corregir prue-

bas, contratar anuncios y administrar la publicación. Aunque don Teodomiro le vió desde que sentó la planta en el umbral de la puerta, fingió no conocerle, y preguntó con voz alta y áspera:

—¿Está aquí un tal Becerril?

El periodista levantó la cabeza que tenía inclinada sobre la mesa, y frunciendo el ceño, preguntó á su vez con acritud:

—¿Por quién pregunta usted?

—Por un tal Becerril, repuso Gómez y Pérez clavando en su interlocutor la provocativa mirada.

—¡Vaya con la educación! Parece que no nos conocemos, repuso don Valente. Por lo visto, no sabe usted de cortesías, ilustrísimo maestro.

—No vengo á hacer cumplidos, mi señor, sino á cosa muy diferente.

—¿Pues á qué entónces?

—A castigar á usted por insolente, gritó Gómez y Pérez más rojo que un pimiento.

—Vuélvalo usted á decir y le rompo las muelas, exclamó don Valente lanzando chispas por los ojos al oírse maltratar de aquel modo.

Don Teodomiro había sacado del bolsillo los dos números del "Azote" y los llevaba y agitaba nerviosamente en la mano izquierda.

—¿Ha escrito usted esto? preguntó

mostrando á Becerril los papeles impresos.

—Sí, señor, repuso éste con altanería. Y ¿qué tenemos con ello?

—Que es usted un majadero, un miserable, un canalla, y que voy á hacerle tragar sus inmundos escritos.

—¿A mí? preguntó el periodista con infinito desprecio. Me parece usted muy poco hombre para ello; tanto, que á puntapiés voy á arrojarle de aquí ahora mismo.

Y saliendo furioso de detrás de la mesa, se echó sobre Gómez y Pérez con los puños crispados y levantando en alto el pie derecho, en ademán agresivo; pero el anciano, que le aguardaba en medio de la estancia, fué el primero en romper las hostilidades, azotándole el rostro con los periódicos. La vapuleada enloqueció de un modo inaudito á don Valente, quien la emprendió á golpes y pescozones con su agresor con indescriptible coraje. Una lucha frenética, realzada por interjecciones y palabras de carretero, se entabló luego entre los dos adversarios. Becerril llevaba la ventaja de la juventud; pero don Teodomiro la de su temperamento exaltado y nervioso. El uno tenía más vida, pero el otro más arranque; de suerte que casi estaban equilibradas sus fuerzas. Magullados y jadeantes rodaron bien

pronto por el suelo, derribando sillas y haciendo un estrépito infernal; y continuaron largo rato después de caídos contundiéndose de lo lindo, pero sin ventaja decisiva por ninguna de las dos partes. Desgraciadamente Becerril, en medio de la pugna, fué á dar con la cabeza contra una de las patas de su propia mesa de escribir, y quedó aturdido por el golpe durante unos momentos; y don Teodomiro supo aprovechar bien la coyuntura para ganar la ventaja de montarse sobre él á horcajadas como sobre potro bronco y serrano. Reducido así á la impotencia, se limitó don Valente á tomar desquite con la lengua, prorrumpiendo en las maldiciones más groseras y soeces que sea dable imaginar; mas aquellos insolentes desahogos fueron bien aprovechados por el maestro, quien, á merced de las descompasadas gesticulaciones del escritor, le introdujo por la boca brusca-mente y hasta el esófago, los girones del "Azote," que había conservado en la mano. Después de eso le golpeó las mejillas repetidas veces con los puños, y acabó por aflojar las rodillas y permitirle con infinito desprecio que se levantase del suelo. Don Valente se puso en pie bufando, escupiendo espuma y mascando papel; y se disponía á comenzar de nuevo la lucha con más rabia que nunca, cuando se presentó en escena un guardián del orden

público, que acudía atraído por la baránda y la gritería de los papeleros.

—¿Qué es eso? ¿Qué alboroto es este? preguntó con imperio, como si no estuviese viendo lo que pasaba.

—Pues nada, sino que este viejo perro ha venido á provocarme á mi propia casa, repuso Becerril medio sofocado.

—Este canalla me ha insultado en su periódico, vociferó Gómez y Pérez, no más libre de la respiración que el preopinante.

Los rijosos tenían los rostros amoratados, revuelta la cabellera, rotos los trajes y desangradas las narices; pero el combate no había menguado sus iras ni sus deseos de exterminio y á no ser por la presencia del gendarme, habrían vuelto á las andadas, sin pérdida de tiempo, según lo daba á entender su aspecto espasmódico de energúmenos.

—En la comisaría acabarán ustedes de arreglar sus cuentas, declaró el guardián del orden interponiéndose entre los bravos paladines, y empujándolos á la calle.

—Yo no voy allá, protestó Becerril con arrogancia, porque además de periodista, soy el insultado. El es quien debe ir. (Y señalaba á don Teodomiro.)

—O vamos los dos, ó ninguno, declaró el anciano con energía. El señor miente; yo soy el insultado.

Y ninguno de los dos obedecía la orden de marcha.

El gendarme, hombre vulgar y sin energía, no se atrevió á hacer uso de la violencia para imponer su autoridad á aquel par de personas decentes, y entrando en componendas con ellas, después de larga y acalorada disputa, acabó por dejar libres á los reñidores mediante algún dinero que de ellos obtuvo; consolándose de su debilidad entretanto, con la consideración de que la sangre no habgía llegado al río, y de que más provecho sacaba de aquella multa moderada que él mismo imponía, que de hacer comparecer á los trastornadores del orden ante otro funcionario, que no haría más de lo que él propio había hecho, guardándose para sí los tecolines.

Una vez libre, se dirigió don Teodomiro á su casa, para poner en orden sus cosas y arreglar la maleta; y concluidos en un santiamén sus preparativos de viaje (por la endémica y fabulosa escasez de su indumentaria), apeló á las maravillas de la tintura de árnica para disimular lo mejor posible los estragos de la reciente lucha, y quedar en estado medio presentable. Cuando creyó haber logrado su objeto, salió de nuevo á la calle seguido por un muchacho que llevaba su exiguo equipaje sobre la cabeza, y así llegó á la casa de Joaquín, cerca del oscurecer, y á tiem-

po en que éste y Berta se hallaban sentados á la mesa tomando la colación nocturna.

—Vale más llegar á tiempo que rondar un año, dijoles cariñosamente al saludarlos, haciendo gala de la erudición zorrilesca propia de la época.

—¡Hola, maestro! repuso Joaquín.

—¿Nos acompaña á tomar el chocolate? preguntó Berta; lo tenemos muy bueno.

—Y leche excelente, añadió Joaquín para estimular el apetito del recién llegado.

—De mil amores, contestó el maestro de capilla. He venido á pedirles una prolongada hospitalidad, pues pienso pasar aquí toda la noche, si me aguantan. No quiero dejarlos sino hasta el amanecer.

—Con mucho gusto, repuso Sandoval, sorprendido de la respuesta, pero manifiestamente complacido por el anuncio; ya sabe que esta casa es suya.

Los jóvenes no alcanzaban á explicarse el suceso, y más perplejos se quedaron al observar en el rostro de su interlocutor las huellas del combate reciente.

—¿Pero qué tiene usted en la cara, maestro? le preguntó Sandoval. ¿Ha sufrido alguna caída?

—Parecen raspones y golpes, agregó Berta examinándole de cerca.

—No es nada, repuso Gómez y Pérez

con buen humor; es el precio que he pagado por un gustazo que acabo de darme.

—¿Cuál? preguntó Sandoval.

—El de sentar las costuras á ese bribón de Becerril, repuso don Teodomiro radiante de júbilo. Aunque viejo, aun tengo bríos en el alma y sangre en las venas.

—¿Cómo, maestro? preguntó Joaquín. ¿Ha reñido usted con don Valente?

—Ni más ni menos; hemos reñido y le he pegado.

—¡Pero señor! repuso Berta azorada, á la edad de usted, y siendo persona de tanto respeto....

—¿Ridículo, no es verdad? Sí, hija mía, lo comprendo, asintió el maestro; pero no he podido contenerme. Hace tiempo tenía recetada una buena solfa á ese tunante, y cábeme la satisfacción de habérsela dado. Es verdad que también él me ha pegado algunas coces; pero ha llevado la peor parte.

—¿Pero, por qué ha sido? interrogó Sandoval.

—Por varias cosas, repuso don Teodomiro; por todo, por nada, por lo que ustedes quieran. Ese hombre me tenía cocidos los hígados, y no hubiera vuelto á tener paz en la vida, si no le hubiese puesto encima la mano.... Sobre todo, tengo el inmenso placer de haberle obligado á comerse su periódico.

Berta y Joaquín, que no estaban en antecedentes, no podían comprender de lo que se trataba. El maestro se lo explicó despacio refiriéndoles cuanto había hecho y dicho don Valente contra él y ellos en su semanario. Berta, aunque asustada por el giro que habían tomado las cosas (como pasa siempre con las tímidas mujeres, cuando los hombres intervienen para arreglar por sí mismos sus diferencias), celebraba para sus adentros que aquel mal hombre hubiese recibido una buena lección, en tanto que Joaquín crispaba los puños y lanzaba centellas por los ojos, al persuadirse de la doblez, la perfidia y la mala intención del escritorzuelo. Su mayor deseo hubiera sido el de ir luego en busca de Becerril y administrarle una segunda tunda. ¡Y aquélla sí que hubiera sido buena! Porque Joaquín tenía buenos bíceps y puños de acero, y hubiera sido capaz de desvencijar á puñetazos la enclenque armazón del periodista; pero ni don Teodomiro ni Berta le permitieron salir á la calle, sino antes bien procuraron calmarle, haciéndole ver que no era conveniente repetir el escándalo, y que bastaba y sobraba con lo hecho, para escarmiento y castigo de tan vil personaje.

Como don Teodomiro tenía buen apetito y el pugilato había puesto sus visceras en actividad, se lanzó con denuedo so-

bre la colación que sus amigos le ofrecían, y tomó con visible deleite la gran jicara de espumoso chocolate que Berta batió para él con sus blancas manos, enriqueciendo la bebida con buenos bocados del oloroso y rico pan que en graciosa canastilla de mimbre se ostentaba sobre el mantel. Después vació poco á poco y paladeándolos sibaríticamente, dos vasos de leche fresca, blanca y rica de espesa y sabrosa crema. El cumplimiento de lo que él llamaba "un deber sacratísimo" (la introducción por la boca de Becerril de los números del "Azote"), había levantado sus espíritus y despertado su buen humor; de suerte que todo se volvió broma, jácara y epigramas durante la cena. Restauradas así las fuerzas y agotado el tema belicoso, tomó la palabra Joaquín.

—Maestro, dijo, nos debe usted una explicación. Nos ha dicho que va á quedarse en casa hasta el amanecer. ¿Por qué? Gran placer nos causa su compañía, pero el caso nos parece sorprendente.

—Tienes razón, repuso don Teodomiro; pero la "explicación" es muy sencilla. Mañana me marcho para Méjico.

—¿Cómo así! exclamó Sandoval saltando de la silla.

—¿De veras? preguntó Berta sorprendida.

—No hablo en broma, repuso el maestro con gravedad, mañana me marcho. Mi

equipaje está en la sala; pueden ustedes verlo si gustan. Traigo conmigo, además, la llave de la casa, para que ustedes la entreguen al casero, después de repartir entre gente necesitada mis pobres y viejos muebles. De nadie me despido: ustedes dirán adiós en mi nombre á mis discípulos y amigos, y, sobre todo, á sor Ignacia y á las hermanas, á quienes no tengo corazón para ver, porque sé que van á ser expulsadas en estos mismos días.

Los jóvenes sabían ya que el maestro se carteaba con los grandes filarmónicos de la capital, porque él mismo se lo había confiado; pero habían reputado imposible se resolviese á salir de Fópoli, cuando andaba ya peinando los setenta años. Mas tuvieron que rendirse á la evidencia, cuando don Teodomiro, además de exponerles los motivos que le habían inducido á dar aquel paso, les mostró la última carta del maestro Morales, y puso ante sus ojos el billete de diligencia que había acabado de comprar.

—Es triste, tristísimo, dijo Sandoval con voz sorda cuando hubo concluido el relato. Todo lo perdemos á un tiempo Berta y yo. Vamos á quedarnos solos en esta ciudad. Usted, que es el amigo más cariñoso, fiel y bueno que tenemos, se nos va ahora. . . . Dentro de unos días se marcharán también las hermanas, nuestras bienhechoras, nuestra única familia

sobre la tierra; y no tendríamos en derredor nuestro, ni un rostro cariñoso que contemplar, ni un corazón que lata á compás con el nuestro.

—¡Cuán solos y tristes vamos á vivir! murmuró Berta desolada. Y todo junto, y de una vez, como si no fuera suficiente un solo golpe.

—Tal es la vida, repuso el anciano con amargura. ¿Creen ustedes que para mí no sea muy duro salir de esta capital, y lanzarme á correr aventuras, á mi edad y tan lejos de Fópoli? Siempre había creído morir aquí, y deseado ser enterrado en este sagrado suelo, que guarda los huesos de mis padres; pero Dios dispone otra cosa, y no hay más que acatar sus inexcrutables “desíneos.”

—Así sea, repuso Joaquín con voz ahogada; pero es muy amargo y cruel.

La noche se pasó sin que nadie pensase en dormir. La diligencia debía partir á las cuatro de la mañana; pocas horas de compañía quedaban, pues, á aquellos buenos amigos, que sentían la necesidad de aprovechar bien el tiempo. Berta renovó varias veces la cafetera; y tomando tacitas de excelente Colima, se fué pasando el tiempo, con el quinqué brillando sobre la cabeza, sin que desmayase un punto la conversación, ya con reflejos de esperanza ó impreganada de desaliento; comentándose los sucesos, fraguándose pro-

yectos, haciendo encargos, ofreciendo largas cartas; pero dominando sobre todo eso, una grande y negra sombra de tristeza: la de la próxima separación. ¿Volverían á verse? ¿Cuándo? ¿Dónde? Don Teodomiro aseguraba que sí, y hasta llegó á prometer á los jóvenes venir á visitarlos cada año. Berta y Joaquín ofrecieron también ir á verle de cuando en cuando; pero en el fondo de sus corazones, los tres dudaban del futuro.

—Si van á Méjico, les dijo el maestro fingiendo alegría, los llevaré por donde quiera, les mostraré lo más hermoso de por allá, y los presentaré con mis discípulos y amigos. ¡Ojalá me sea posible hacerles un lugarcito en el mismo Conservatorio!... En fin, ya veremos; Dios dirá.

Así transcurriern las horas, hasta que sonaron las tres de la madrugada y fué preciso pensar en la partida. El criado de Sandoval se echó á cuestras la ligera maleta de don Teodomiro, y los tres amigos se pusieron en marcha. Cuando llegaron á la Casa de Diligencias, hallaron el carruaje ya en la calle y enganchadas las mulas. Los empleados se ocupaban en recibir los equipajes, pesarlos en la báscula y pegarles las “etiquetas.” Los pasajeros arrebuados en sus abrigo para librarse del fresco vientecillo de la mañana, fumaban puros enormes para matar

el tiempo; y una ú otra pasajera con sombrero, guantes y largo cubrepolvo, cabeceaba en los bancos de la administración. El ruido de las conversaciones se mezclaba con las altas voces de los mayores que acomodaban la carga, y con el chirrido de los cueros, correas y cadenas con que era asegurada y comprimida en la zaga una enorme y desbordante colección de maletas y valijas.

La maniobra de poner en orden el numeroso y ruidoso ganado que iba á tirar de la diligencia, cuyos tirantes á cada momento se enganchaban, desenganchaban y enredaban de mil modos, fué muy complicada á la rojiza luz de las teas, que manos diligentes alzaban y llevaban por donde era preciso. Al fin llegó la hora de partir, y los pasajeros entraron en la oscuridad del ventrudo vehículo. Don Teodomiro se acomodó junto á una ventanilla, y desde ahí, manteniendo apartada la cortina de cuero con una mano, prosiguió hablando con sus amigos. Cuando el administrador dió la voz de marcha, el mozo que tenía por la brida las bestias delanteras, las dejó en libertad, hizo chasquear agudamente su enorme látigo el auriga, y comenzó á moverse el pesado armatoste con gran estrépito de su propio herraje, como si fuese á hacerse añicos antes de partir. En aquel momento sacó la diestra por la ventanilla don Teodomiro, y estrechó

rápidamente y con efusión las manos de sus dos discípulos, en tanto que el monstruo rodante avanzaba gimiendo por elrecio y desigual empedrado, y que los jóvenes permanecían en la puerta de la posada viéndolo alejarse. De ahí no se movieron hasta que el coche dió vuelta en medio de la oscuridad, por una calle lejana.

Camino de su casa, sollozaba Joaquín con desconsuelo por la ausencia del querido maestro; pero Berta, más fuerte que él, como pasa con la débil mujer en las ocasiones críticas de la vida, procuraba consolarle, aunque el joven no se daba á partido y continuaba anonadado. Entonces apeló ella como supremo recurso, á un importantísimo secreto que en el alma llevaba y mantenía de reserva desde hacía tiempo, para echar mano de él en caso necesario.

—Tengo que comunicarte una nueva, le dijo con voz trémula, recatada y cariñosa.

—¿Una nueva? preguntó Joaquín distraído.

—Sí, repuso Berta, y muy importante. . . . Estoy segura de que te va á interesar.

—¡A ver! murmuró el joven sin cambiar de tono.

—Que Dios ha oído nuestros ruegos.

—¿Cuáles, Berta?

—¿No los recuerdas?... ¿Qué es lo que le hemos pedido tanto?

—Muchas cosas; no sé á cuál de ellas te referías.

—A la principal. ¿No le hemos pedido que nos conceda un niño?

—Sí, repuso el joven con viveza y cómo saliendo de un pesado letargo.

—Pues bien, continuó la joven atenuando el sentido de la frase con pudor inefable; he recibido noticia cierta de que Dios nos lo va á conceder.

—¿De veras? preguntó el joven pudiendo creer apenas lo que oía.

—De veras, ratificó Berta buscando con la suya la diestra de su esposo.

Todo entónces cambió en un momento: penas sufridas, pobreza en perspectiva, soledad creciente, abandono, la partida misma de don Teodomiro y la próxima de las hermanas de la Caridad; todo fué disolviéndose y esfumándose á los ojos de Joaquín, como velo de niebla rasgado por el sol. ¡Un niño! ¡Un heredero! ¡Un hijo de Berta! ¡La sonrisa en la casa, la esperanza de la vida, la perpetuidad del amor que ella y él se habían profesado! Había sido el anhelo más vivo de su existencia, la ilusión más cara de su alma; pero como habían transcurrido dos años de inútil espera, habían acabado por dudar de su realización. ¡Dios al fin escuchaba sus votos! Levantó Joaquín los

ojos al cielo, y, distinguiendo en la penumbra del alba que comenzaba á apuntar, una ráfaga luminosa, creyó ver en ella la trayectoria del ser purísimo, hermoso y querido que la bondad infinita descendía ya del empero para enviarlo á su hogar pobre y desolado, como alegría, consuelo y bendición de sus humildes y futuros días. Bajo aquella impresión tan dulce, su pensamiento se convirtió en un cántico, y su corazón en un coro de hosannas; y, reconciliándose con la existencia que había comenzado á parecerle tan odiosa, se entregó á soñar con un porvenir halagüeño de cariño y abnegación, personificado en aquel ser tierno é inefable á quien amaba ya con delirio.

VII

Adiós á todo: vida nueva

El hermosísimo cielo de Fópoli, azul y brillante de ordinario como inmenso y limpio zafiro, amaneció empañado y oscuro aquella triste mañana del mes de enero. Denso y compacto nublado de color plomizo lo cubría; y era tan espesa la capa de vapores acuosos que vagaba por la atmósfera, que el sol mismo con todo su